SAN MIGUEL DE GARICOÏTS: UNA FE ACRISOLADA

ROBERTO RAMÓN ÁVILA

UCALP

En la vereda de la calle 51, acercándose a la ventana abierta a un atardecer luminoso, un día me habló Blanca Simioni, una vecina: «Ahora conoce mi secreto», dijo. En ese momento, no entendí el mensaje.

Al cabo de unos días, la escena se repitió. Entonces, la invité a pasar a mi despacho. Así conocí la historia de San Miguel de Garicoïts.

El 17 de mayo de 1935, afectada por la epidemia de fiebre tifus que asolaba la ciudad, Blanca agonizaba —su estado era irreversible— en su casa de calle 21 entre 40 y 41; contaba diez años. El médico, ante la situación desesperante, le dio a su familia una estampa del por entonces Beato Miguel, pidiéndoles que le rezaran una novena.

Fallecido el 14 de mayo de 1864, Miguel Garicoïts había sido un sacerdote, fundador de la Orden de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús. En Europa, había sanado milagrosamente a enfermos terminales, y por ello había sido beatificado.

La familia cumplió con el pedido del médico, pero Blanca agravaba día a día. Habiendo transcurrido varios días enferma y ante la muerte inminente, su padre se dirigió a una conocida casa de sepelios de la ciudad. En su ausencia, de repente, Blanca despertó de su sueño y vio, ante su cama, a un señor alto, desconocido, acompañado por la Sagrada Familia: la Virgen María, San José y el Niño Jesús en brazos de su Madre.

CC BY NC ND

Miguel le habló y le dijo que su misión en la Tierra sería muy importante, que no tuviera miedo, que se tranquilizara.

Blanca se asustó, naturalmente, y entonces gritó pidiendo ayuda a su madre, que estaba en un cuarto contiguo. Cuando la madre, presurosa, corrió a la habitación, la niña le comentó lo ocurrido, que había visto a un señor muy alto junto a la Sagrada Familia. Luego le pidió comida. La madre, desconcertada, solo atinó a prepararle un té.

Al llegar el padre y escuchar lo sucedido, le mostró a Blanca la estampita, quien lo reconoció de inmediato: «Era ese señor el que me hablaba», dijo.

Después pidió dormir y, aunque sus padres se oponían, temerosos de que volviera a su estado anterior, la niña durmió profundamente por varias horas. Cuando despertó estaba completamente curada.

En aquel tiempo, para ser declarado Santo, se necesitaban dos milagros. El segundo de ellos sucedió el año siguiente, en el edificio donde Blanca me contaba su historia —calle 51 entre 11 y 12—, edificio donde funcionaba la Sociedad de María, congregación religiosa que asistía a niños sordomudos. Allí una de las religiosas, Ángela Zanini, estaba postrada en su lecho, con pronóstico delicado.

En la madrugada del 9 al 10 de julio de 1936, Miguel de Garicoïts se acercó a su cama y le preguntó: «Hija mía, ¿qué deseas?». Ángela respondió: «La salud, si es para Gloria de Dios». Entonces ocurrió el milagro: Ángela curó al instante.

Mientras esto ocurría, una luz muy fuerte inundaba el cuarto de Ángela, de tal manera que una novicia despertó; creyó que había amanecido y se levantó. Ella estaba en la planta baja. Luego advirtió que la luz provenía de la planta alta, y hacia allí se dirigió. A medida que se acercaba, la luz disminuía y cuando llegó al lecho de Ángela, reinaba una completa oscuridad. Entre lágrimas, Ángela le contó lo vivido.

Habiéndosele reconocido dos milagros, finalmente, el 6 de julio de 1947 Miguel de Garicoïts fue canonizado.

La Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Católica de la Plata ocupaba ese edificio, que compartía con el colegio San Miguel Garicoïts. Es por eso por lo que Blanca suponía que conocía su secreto.

Si pasa por el lugar, verá que la imagen del Santo, en la esquina de 11 y 51, está en el edificio del colegio San José, perteneciente a la Orden que

Miguel había creado, señalando enfrente, lugar donde ocurrió el último prodigio.

¿Por qué los milagros ocurrieron en La Plata, una ciudad lejana de su Francia natal, de un país desconocido para él? Nadie lo sabe…

Desde que Blanca me informó, incluyo en mis oraciones a todos aquellos que tienen problemas de salud, en la creencia de que el Santo intercederá por ellos.

En 2020, en mi último curso de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de La Plata, les conté esta historia a los alumnos, para alentarlos, ya que estábamos en plena pandemia y todos necesitábamos consuelo. Una alumna me envió un correo electrónico, donde me adjuntaba su árbol genealógico. Era descendiente de la hermana del Santo.

Los milagros existen; la fe mueve montañas.

El propósito de estas líneas es transmitir fe, es llegar a ti, lector circunstancial. Ojalá haya podido transmitir la emoción y el regocijo que me fue revelado.